

las reformas, disgustando á la clase media, al clero, al parlamento y á la nobleza, creó, ó mejor dicho, hizo entrar en el mundo de los hechos la revolucion que desde aquel dia no cesó de aumentar, de embellecer y de estender sus conquistas.

II.

PROGRESION PARALELA DE LA REACCION Y DE LA REVOLUCION DESPUES DE FEBRERO.

En 1848 el proletariado, interviniendo, de pronto, en la querrela entablada entre la clase media y la corona, hizo oír su grito de miseria. Qué es lo que ocasionaba esta miseria? la falta de trabajo. El pueblo demandaba trabajo y su peticion no podia ser mas modesta. Los que acababan de proclamar la república, se lo habian prometido, y de ahí que entusiasmado abrazara la causa republicana. A falta de un interés mas positivo, el pueblo aceptaba un asignado que debía pagar el nuevo orden de cosas. Era lo bastante para que tomara bajo su proteccion á la república. Y quién habia de creer que desde el siguiente dia los que habian firmado el billete no pensarian mas que en quemarlo? Trabajo para alcanzar el pan cotidiano: he ahí la peticion que en 1848 hicieron los obreros, he ahí la base inquebrantable dada á la república, he ahí la revolucion verdadera.

Una cosa es el 25 de Febrero de 1848 en que se proclamó la República, por una minoría mas ó menos inteligente mas ó menos usurpadora, y otra cosa es la cuestion revolucionaria del trabajo, que dió, por sí sola á esta República y á los ojos de las masas, un valor real y positivo. No; la República de Febrero no es la revolucion, es tan solo su prenda. A los que han gobernado esta República no se les debe agradecer que no haya muerto: el pueblo en sus próximos comicios fijará las condiciones con que, en lo sucesivo, les entregará este depósito.

Por de pronto la demanda del trabajo no pareció á los nuevos gefes — que hasta entonces no se habian ocupado de economía política — tener nada de exorbitante. Por el contrario, era objeto de felicitaciones mútuas. Qué pueblo era este cuando en el dia de su triunfo no exigia pan ni circo, como en otro tiempo el populacho romano: *panem et circences*, sino únicamente trabajo! qué garantía de moralidad de disciplina y docilidad entre las clases obreras! Qué prenda de seguridad para un gobierno! El gobierno provisional—necesario es confesarlo—llevado de sus buenos sentimientos y con la mejor buena fé proclamó el *derecho al trabajo*. Sus frases indicaban su ignorancia, mas su intencion era loable. Y qué no

se puede hacer de los franceses con la proclamacion de cierto género de ideas? no habia un hombre de la clase media, por mas arisco que fuese, que en aquel instante, si se le hubiese dado el poder, no hubiese dado trabajo á todo el mundo. *Derecho al trabajo!* El gobierno provisional reivindicará ante la posteridad la gloria de esta fatídica palabra que ratificó la caida de la monarquía, sancionó la república y dá impulso á la revolucion que se opera.

Pero no todo consiste en prometer: es necesario cumplir.

Contemplando los hechos de cerca, vióse luego, que el derecho al trabajo era algo mas escabroso de lo que se creyó en un principio. Despues de muchos discursos el gobierno que gastaba 1500 millones para mantener el orden, cayó en la cuenta de que no le restaba un céntimo para asistir á los obreros; que para ocuparles y satisfacer su salario, necesitaba fijar nuevos impuestos con lo cual improvisaba un círculo vicioso, toda vez que los mencionados impuestos habian de sacarse de entre los mismos á los que se intentaba prestar auxilio; que, fuera de esto, el Estado no podia hacer concurrencia á la industria privada la cual carecia de alimento, y solicitaba nuevos mercados; que los trabajos emprendidos bajo la direccion de la autoridad costaban mas que lo que realmente valian y que, en fin, la iniciativa industrial del Estado, fuese cual fuese, no podia aliviar, sino empeorar la situacion de los obreros. Bajo tal concepto y teniendo en cuenta estos y otros motivos, el gobierno dió á entender que nada podia hacer en obsequio al obrero, que era imprescindible el resignarse, que el mantenimiento del orden era la primera razon del Estado, y que, en fin, se debía tener paciencia y confianza.

El gobierno—necesario es confesarlo—tenia razon hasta cierto punto. Para asegurar el trabajo y el cambio á todo el mundo, se hacia imprescindible variar de direccion modificar la economía social: cosa grave que no estaba en la competencia del gobierno y sobre lo que debía consultar al pueblo. En lo que se refiere á los planes que entonces se propusieron y á las conferencias casi-oficiales con que se divirtió la holgura de los obreros, no merecen ni los honores de la crítica ni los mismos de la historia. Solo fueron un pretexto para que la reaccion obrara en el seno del mismo partido republicano.

Pero donde empezó obrar mal el gobierno, lo que exasperó á los proletarios y que de una simple cuestion económica, se convertirá quizá, antes de diez años, en la revolucion mas radical, fué cuando se vió que el gobierno en vez de provocar, como Luis XVI, las teorías de los publicistas, en vez de llamar la atencion de los ciudadanos y de solicitar acerca la gran cuestion del trabajo y la miseria, la espresion de sus su-

fragios, se encerró, durante cuatro meses, en un h6stil silencio; dud6 en reconocer los derechos naturales del ciudadano y del hombre; desconfi6 de la libertad, principalmente de la que se referia 6 la prensa y 6 las reuniones populares; resisti6 la peticion de los patriotas en lo que se referia 6 la caucion y al timbre; vigil6 los clubs, en vez de organizarlos y guiarlos; cre6, por lo que pudiese ocurrir, un cuerpo de pretorianos en la misma guardia m6vil; acarici6 al clero; llam6 6 Paris—sin duda al objeto de que fraternizase con el pueblo—una gran parte del ej6rcito; inaugur6 el 6dio contra el *Socialismo*, nuevo calificativo con que la revolucion se adornaba; y despues, ya fuere incuria, incapacidad, traicion, intriga 6 mala suerte, ya fuese por todas estas causas reunidas, impuls6, en Paris y en Ruan, masas sin salario 6 una lucha desesperada, hasta, que en fin, despues de la victoria y sin tener un pensamiento, una idea, ahog6 *por fas 6 por nefas*, la queja de los obreros consignada en la protesta de Febrero.

Basta recorrer la serie de decretos que hasta la dictadura de Cavaignac espidi6 el gobierno y la Comision ejecutiva, para convencerse de que, en este perido de cuatro meses, la represion se habia meditado, preparado, organizado y que la revolucion, directa 6 indirectamente, se habia provocado por este mismo gobierno.

El plan reaccionario, que el pueblo aun no ha olvidado, fu6 concebido en el mismo seno del partido republicano por hombres 6 los que el recuerdo de H6bert, de Roux y de Marat asustaba, y que al combatir ciertas manifestaciones que no podian tener resultados, creian salvar la revolucion que amaban. El celo gubernamental fu6 el que, dividiendo los miembros del Gobierno en dos campos enemigos, hizo que el uno deseara contra la revolucion una gran jornada 6 fin de reinar por el brillo de la victoria, y que el otro, en vez de obtar por el desenvolvimiento de una fuerza superior, prefriese las diversiones de la pol6tica y la guerra, 6 fin de recobrar la calma con una fatiga y una agitacion est6ril. Podia suceder otra cosa? No; toda vez que cada fraccion, tomando su emblema por el de la verdadera rep6blica se dedicaba, patri6ticamente, 6 eliminar sus rivales que eran tenidos ya por moderados ya por muy ardientes. La revolucion no podia menos que aprisionarse entre estos cilindros; para ser vista por sus temibles guardianes era entonces muy pequena y se encontraba situada 6 una altura muy baja.

Si yo recuerdo estos hechos no es por el vano orgullo de criticar 6 los hombres que son mas cortos de alcance que culpables, ni para que el curso de las cosas me lleve, algun dia, 6 formar parte del gobierno. Me espreso en estos t6rminos para que no olviden que as6 como la revolucion

les gast6 por vez primera, les gastar6 as6 mismo una segunda, si es que continuan en la via de desconfianza y de oculta degradacion que frente 6 la revolucion han seguido.

As6, por efecto de la preocupacion gubernamental y de la tradicion propietaria, cuya intima union forma la teoria pol6tica y econ6mica del viejo liberalismo, el Gobierno—no dirijo ninguna alusion 6 las personas; entiendo por esta frase la reunion de los poderes antes y despues de las jornadas de Junio—el Gobierno, repito, cuando la justicia 6 la prudencia exigian que consultara al pais acerca la pretension de los obreros, se crey6 en el derecho de cortar bruscamente, en 6dio 6 algunos utopistas, mas ruidosos que temibles, la cuestion mas vital de las sociedades modernas. Esta fu6 su falta; que la leccion le aproveche.

Desde aquel instante se puso de manifiesto que la rep6blica, aunque fuese con los principios de 93, no era, en el siglo diez y nueve, la revolucion misma. Y si el socialismo, tan calumniado entonces por los mismos que despues, reconociendo su yerro, invocaron su alianza; si el socialismo di6 motivo 6 esta querella; si en nombre del trabajador enga6ado, de la revolucion vendida, se hubiese pronunciado contra la rep6blica—Jacobina 6 Girondina, que es igual—esta rep6blica se hubiese hundido en la eleccion del 10 de diciembre, y la Constitucion de 1848 no hubiera sido mas que una transicion h6cia el imperio. El socialismo se hallaba dotado con mas altasmiras, llevado por un sentimiento un6nime olvid6 sus agravios y se pronunci6 6 favor de la rep6blica. Con esto, en vez de adquirir auxilio, no hizo mas que agravar moment6neamente sus peligros. El tiempo demostrar6 si su t6ctica era acertada.

H6 ah6, pues, el conflicto que se entabl6 entre intereses poderosos, h6biles, inexorables, que por el 6rgano de viejos tribunales se prevalen de las tradiciones del 89 y el 93;—y una revolucion en su cuna, dividida por ella misma, que no honra ningun antecedente hist6rico, que ninguna f6rmula la liga, que no la determina idea alguna.

Lo que pon6a el socialismo en el colmo del peligro consistia en que no podia manifestar lo que era; en que no podia articular ninguna de sus proposiciones; en que no podia formular su capitulo de agravios; en que, para acabar de una vez, no podia motivar sus conclusiones. Qu6 es el socialismo? pregunt6base, y de pronto se daban cien varias definiciones. El derecho, la tradicion, el sentido comun, todo luchaba en su contra. A esto debe a6adirse, que segun el pueblo franc6s, que estaba educado en el culto de los revolucionarios antiguos, el socialismo no era hijo del 89 ni del 93; que no arrancaba de la gran 6poca; que Mirabeau y Danton le desde6aron; que Robespierre lo hizo guillotinar despues de

haberle insultado; que era una depravacion del espíritu revolucionario, una desviacion de la política seguida por nuestros padres....! Si en aquel momento hubiera existido en el poder un solo hombre que hubiese comprendido la revolucion, hubiese podido—utilizando el escaso favor que hallaba—moderar su vuelo conforme á su capricho. La revolucion, en lugar de precipitarse con violencia, se desenvolvió lentamente durante un siglo.

Las cosas no podian suceder de este modo. Una idea se define por la idea contraria: la revolucion se definirá por la reaccion. Nosotros carecíamos de fórmulas; el Gobierno provisional, la Comision ejecutiva, la dictadura de Cavaignac, la presidencia de Luis Bonaparte, nos las han proporcionado. Las torpezas de los gobiernos forman la ciencia de los revolucionarios: sin esta legion de reaccionarios que ha pasado encima de nosotros, los socialistas no podríamos decir ni quiénes somos ni á dónde vamos.

Conste de nuevo que yo no censuro las intenciones de nadie. Yo creo siempre en la bondad de estas últimas: qué fuera, sin esta bondad, la inocencia de los hombres de Estado? Por qué habríamos abolido la pena de muerte en los delitos políticos? Si no fuese el resultado de ardientes convicciones, si sus representantes, hijos de todas las opiniones, no formasen una cadena que empieza en la cresta de la montaña y concluye en el extremo de la legitimidad, la reaccion caeria muy pronto: careceria de moralidad y de criterio y de nada serviria á nuestra educacion revolucionaria.

Lo que distingue la revolucion del siglo diez y nueve, es la facilidad con que evita los excesos de sus adversarios y las faltas de sus defensores, sin que nadie, en los momentos de lucha, pueda alabarse de observar una perfecta ortodoxia. Todos en 1848 faltamos, y hé ahí por qué desde esta fecha adelantamos tanto.

La sangre de Junio estaba aun caliente cuando la revolucion vencida en las calles y en las plazas, volvió á rugir mas esplicita, mas acusadora en los periódicos y en los clubs. No habian transecurrido tres meses cuando el gobierno sorprendido á su tenacidad indomable, exigió, de la Constituyente, nuevas armas. Segun él la fiebre de Junio no estaba aun calmada; sin una ley contra la prensa y las públicas reuniones no era fácil que respondiese del orden, ni que preservara á la sociedad de los excesos.

La reaccion, á medida que la revolucion la estrecha, manifiesta siempre sus pésimos instintos. Lo que cierto miembro del gobierno provisional, miembro que ha vuelto á conquistar el favor público, pensaba en el

secreto de la confianza, los ministros de Cavaignac lo decian en voz alta.

Mas los partidos caidos entran siempre en la oposicion; bajo tal concepto el socialismo podia contar que muchos de los hombres que el dia antes eran sus adversarios, auxiliarian su causa. Y realmente fué así.

Los obreros y gran parte de la clase media siguieron demandando trabajo. Los negocios estaban paralizados; los labradores protestaban contra el subido valor de sus arrendamientos, y la depreciacion de sus productos: los que habian combatido la insurreccion y que se habian pronunciado contra el socialismo, exigian leyes de subvencion para el presente y de garantía en lo futuro. El gobierno no vió en esto mas que una epidemia resultante de las desgraciadas circunstancias en que se hallaba; un especie de cólera-morbo intelectual y moral que se debia remediar con la sangre y los calmantes.

De ahí que se encontrase embarazado por sus mismas instituciones. El derecho no bastaba á defenderle: la arbitrariedad se le hacia indispensable. El socialismo que tanto le inquietaba se declaraba republicano y se parepetaba en la legalidad como en una gran fortaleza. Y esta legalidad aumentó á medida que la reaccion multiplicaba sus esfuerzos: la ley se hallaba siempre á favor de los revolucionarios y contra los moderados: nunca se habia visto igual desgracia. Esta frase de un antiguo ministro de la monarquía *la legalidad nos mata* encerraba una gran verdad bajo el gobierno republicano. Era indispensable acabar con la legalidad ó ceder ante la Revolucion.

Dictáronse leyes represivas que mas tarde se hicieron mas rigurosas: á la hora en que escribo, el derecho de reunion está abolido, y la prensa revolucionaria ya no existe. Y qué fruto sacó el gobierno de esta medicacion antiflojística?

Por de pronto la libertad de imprenta se hizo solidaria del derecho al trabajo. La revolucion engrosó sus filas con todos los viejos amigos de las libertades públicas, que no podian creer que la mordaza impuesta á la prensa fuese un remedio al contagio de los espíritus. Acallada la imprenta, comenzó la propaganda oral; es decir, que las violencias de la reaccion se encontraran frente á frente con los grandes medios de que la revolucion disponia. En dos años esta—gracias á la comunicacion íntima de todo un pueblo—ha alcanzado mas ventajas que las que se pueden alcanzar en medio siglo de discursos. Mientras que la reaccion fulmina su venganza contra las letras de molde, la revolucion triunfa con la palabra: el enfermo cuya fiebre se habia pretendido curar en otro tiempo, vive, agitado en los transportes del delirio.

No es esto cierto? No lo presenciarnos diariamente? Acaso la reaccion conculcando las libertades no ha robustecido el cimiento en que la revolucion se apoya? Acaso esta novela que, al parecer escribo, y cuya inverosimilitud deja tras sí los cuentos de Perraut, no es la historia de nuestros dias? La revolucion no ha prosperado sino cuando las eminencias políticas se han enfurecido en su contra y cuando sus órganos han desaparecido de la escena. En lo sucesivo cuanto se ensaye para comprimirla, no hará mas que fortificarla. En prueba de esto citaremos los hechos culminantes.

En algunos meses la enfermedad revolucionaria habia infectado las dos terceras partes de Europa. Sus centros principales existian en Italia, Roma y Venecia; mas allá del Rhin estaba la Hungría. El gobierno de la República francesa, al objeto de comprimir la revolucion en su misma casa, no retrocedió ante un tratado con las potencias extranjeras. La Restauracion habia hecho contra los liberales la guerra de España; la reaccion de 1849 hizo *contra la democracia socialista*—empleo á drede estas dos frases porque indican el progreso que hizo la Revolucion en un año—la expedicion de Roma. Los hijos de Voltaire, herederos de los jacobinos—se podia esperar menos de estos acólitos de Robespierre?—fueron los primeros en concebir el plan de socorrer al Papa, de casar al Catolicismo con la República y los jesuitas se encargaron de realizarlo. Batida en Roma, la democracia socialista quiso protestar en París; mas fué dispersada sin lucha.

Qué es lo que la reaccion ganó con ello? que al odio á los reyes se juntase el odio á los sacerdotes y que en la guerra hecha al principio de gobierno se complicase, en toda Europa, la guerra hecha al principio cristiano. Segun la opinion de los doctores, en 1848 no se trataba mas que de una sobre escitacion política; mas, luego, por la inoportunidad de los remedios, la afeccion pasó al estado económico y hoy dia pasa al estado religioso. No hay que desesperar de estos médicos? Qué reactivos emplearán en adelante?

Para los políticos dotados de un buen golpe de vista habia llegado ya el instante de detenerse en el camino emprendido; pero, en vez de obrar en esta forma, eligieron este instante para impulsar la reaccion hasta sus últimos lindes. No, dijeron, el pais no tiene el derecho de envenenarse á sí propio. El gobierno está en la obligacion de salvarle: tiene que ejercer los deberes de tutor y de padre; tiene que hacer uso de sus derechos. La salvacion del pueblo es la ley suprema. Ocurra lo que ocurra, necesario es cumplir nuestros deberes.

Y hubo de resolverse que el Pais sería purgado, cauterizado, san-

grado, sin misericordia ni gracia. Organízase un vasto sistema sanitario y este sistema fué observado con una abnegacion y un celo que hubiesen honrado á los apóstoles. El mismo Hipócrates, salvando á Atenas de la peste, no se apareció mas magnánimo. La constitucion, el cuerpo electoral, la milicia ciudadana, los ayuntamientos, la universidad, el ejército, la policia, los tribunales, todo se pasó á sangre y fuego. La clase media, esta eterna amiga del orden, denunciada por su liberalismo, fué envuelta en las mismas sospechas en que se envolvió á la clase obrera. El gobierno llegó hasta el punto de decir, por boca de M. Rouhuer, que él no se consideraba muy sano; que su origen era una mancha y que llevaba en sí el virus revolucionario: *Ecce iniquitatibus conceptus sum!*... Luego se puso manos á la obra.

La enseñanza de los laicos, hija del libre exámen y hallando, exclusivamente su origen en la razon, hacíase sospechosa y de ahí que el gobierno colocara el plan de estudios bajo la autoridad de la Fé. Los profesores de instruccion primaria fueron sometidos á los curas y sacrificados á los ignorantes; las escuelas, sostenidas por el municipio, se entregaron á las cofradias; la instruccion pública fué colocada bajo la inspeccion del clero y algunas ruidosas y escandalosas destituciones que, por denuncias de los obispos, se hicieron en algunos profesores, anunciaron, al mundo, que la enseñanza, como la imprenta, dejaba de ser libre. Qué se ha alcanzado con esto? Por lo regular nadie hay tan tímido como los profesores de instruccion primaria; y sin embargo, el gobierno con sus jesuíticas fricciones, los precipitó al revolucionario abismo.

Luego llegó su vez al ejército.

Hijo del pueblo, reclutado en su mismo seno, hallándose con él en perpétuo contacto, nada es menos fijo que su obediencia, principalmente si el pueblo se levanta y la constitucion se viola. De ahí que se le impusiese una dieta intelectual; que se le privase de pensar, de hablar, de leer y hasta de relacionarse con nadie. No bien en cualquier regimiento aparecia síntoma del contagio, cuando inmediatamente se le depuraba, se le alejaba de la capital y de los centros populosos y se le enviaba disciplinariamente al Africa. Nada es tan difícil como el averiguar la opinion del soldado; pero es lo cierto que el régimen al cual se encuentra sometido hace dos años, le prueba de un modo inequívoco que el gobierno no quiere la república, ni la constitucion, ni la libertad, ni el derecho al trabajo, ni el sufragio universal; que los ministros han formado el plan de devolver á la Francia el antiguo régimen, de igual manera que en Roma devolvieron el gobierno al clero, y que, para ello, los ministros

cauentan con sus armas.... Pero acaso el ejército se tragará el anzuelo? El gobierno así lo espera: el tiempo cuidará de aclararlo.

En Abril Mayo y Junio de 1848, el partido del orden debió sus primeros triunfos á la milicia ciudadana, pero la milicia, al combatir los motines, no creyó, bajo ningun concepto, que sirviese á los contrarrevolucionarios. Mas de una vez dió pruebas de ello. Juzgósela tambien enferma y su disolucion y su desarme—no en masa sino en detall porque la dosis hubiera sido muy fuerte—preocupó estraordinariamente al gobierno. Contra una milicia armada, organizada y dispuesta siempre al combate, la ciencia reaccionaria no tiene preservativos. Mientras un hombre del pueblo continúe armado el gobierno no se creará nunca seguro. Milicianos nacionales! vosotros sois los incurables de la libertad y del progreso: dad á la revolucion vuestro empuje!

Como todos los monómanos, el gobierno trató de ser lógico en su idea y de ahí que se empeñase en realizarla con una insistencia y puntualidad maravillosas. Comprendió perfectamente que la cura nacional europea que trataba de llevar á cabo quizá no podria realizarse antes de que llegase la hora en que se debian convocar los comicios, y que, entonces, el desdichado enfermo, no pudiendo soportar tantos remedios, seria capaz de romper sus lazos, atar á sus enfermeros y comprometer, en una hora de rabia, el tratamiento de tres años. Bajo tal concepto, la recaída seria inminente. Ya en Marzo y Abril de 1850 á propósito de la cuestion electoral en que se votó la *Monarquía ó la República*, es decir, la Revolucion ó el *statu quo*, una mayoría imponente se declaró por la República. Qué medio, pues, habia para conjurar el peligro y salvar al pueblo de sus mismísimos furores?

A tal punto han llegado las cosas, digeron los doctores, que es necesario obrar con revulsivos. Dividamos el pueblo en dos clases: la una comprenderá á los mas revolucionarios, los cuales serán escluidos del sufragio; la otra comprenderá á los que por su posicion tienen que inclinarse á favor del *statu quo* y estos formarán el cuerpo de electores. Qué importa que con esta supresion eliminemos tres millones de franceses de las listas electorales si los siete millones restantes aceptan con gusto el privilegio? Con siete millones de electores y con el auxilio del ejército la revolucion es vencida y la religion, la autoridad, la propiedad, y la familia, quedan completamente salvadas. A esta consulta asistieron diez y siete notables, que, segun es fama, eran muy doctos en las ciencias morales y políticas y sobre todo en el arte de matar la Revolucion, y seis adeptos. La receta presentada á la asamblea legislativa fué autorizada en 31 de Mayo.

Desgraciadamente no era fácil redactar un privilegio, que, al mismo tiempo, fuese una lista de sospechosos. La ley de 31 de Mayo hiriendo á diestro y á siniestro y en una proporción casi igual á los socialistas y á los conservadores, no hizo mas que irritar la Revolucion haciendo la reaccion mas odiosa. De los siete millones de electores, cuatro pertenecian, tal vez, á la democracia, y si á estos añadís otros tres de descontentos, os formareis una idea—en lo que toca al derecho electoral—de la fuerza relativa de la Revolucion y de la contrarrevolucion. Y sin embargo—cosa estraña!—los electores del orden, á cuyo favor se publicó la ley del 31 de Mayo, fueron los primeros en renegar de la misma: acusáronle de todos sus males presentes y de los mucho mayores que el porvenir le reservaba, hasta que, por fin, gritaron, en la prensa, que la aboliese el gobierno. Verdad es que esta ley nunca debia practicarse y que era perfectamente inútil, ya que el gobierno le tenia mas cuenta el sustraerse á ella que no el defenderla. No es esto escandaloso? se quieren ver mas dislates?

Hace ya tres años que la reaccion agita la revolucion como si estuviese en una caldera hirviendo. Con sus saltos y bordadas, con su absolutismo y terrores, ha creado un partido revolucionario innumerable, allí donde la revolucion era odiada. Y por qué tanta arbitrariedad y violencia? Qué monstruo enemigo de la civilizacion y de la sociedad ha intentado combatirse? Por ventura se sabia si la revolucion de 1848, esta revolucion que aun no se define, por ventura se sabia si estaba á favor del derecho ó contra el derecho? Quién la habia estudiado? Quién, en conciencia, tenia derecho á acusarla? Alucinacion triste y deplorable! El partido revolucionario, mientras duró el gobierno provisional y la Comision ejecutiva, no existía mas que en el aire; la idea, bajo sus místicas formas, aun se estaba buscando, pero la reaccion á fuerza de clamar contra el espectro, ha hecho del espectro un cuerpo lleno de vida; un gigante que á uno de sus gestos quizá puede aplastarla. Lo que yo, antes de las jornadas de Junio, apenas concebía, lo que yo no he comprendido sino bajo el fuego de la artillería reaccionaria, hoy dia lo afirmo con certeza: la revolucion se encuentra ya definida; la Revolucion se conoce: la Revolucion está hecha!

III.

IMPOTENCIA DE LA REACCION: TRIUNFO DE LA REVOLUCION.

Hoy dia, reaccionarios, solo os quedan los medios heróicos. Impulsasteis la violencia á un extremo odioso, la arbitrariedad hasta la men-